Lucho Repetto

Un puente indispensable

Lucho asumió la gestión cultural como forma de vida, a tiempo completo y tendiendo puentes culturales por todo el país. Este infatigable viajero solía comentar: “El Perú es un país inabarcable, es infinito, mientras más lo recorro veo lo mucho que me falta por conocer”. Será por eso que quiso que al final de su vida sus cenizas sean arrojadas al río desde el puente inca de Q’eswachaka, para seguir recorriendo el Perú. Tarea que aún tenemos pendiente.

Conocí a Lucho a principios de los años setenta, en Estudios Generales de la universidad Ina Garcilaso de la Vega. Por entonces, trabajaba en la sección cobranzas de Electrolima, en la calle Conde de Superunda, a media cuadra de la Plaza de Armas de Lima. Allí estuvo 24 años.

Tenía siempre una palabra amable para quienes llegaban con recibos vencidos y el servicio cortado.

Bromista como él solo, solía mezclar “la ficción con la realidad”. Sabía contar cada situación como un acontecimiento extraordinario en el que, por cierto, él era el protagonista a quien le sucedían cosas increíbles. Fue un tremendo gozador de la vida, amaba la música, el pisco, la buena comida y los postres tradicionales. Lucho bailaba marinera limeña, una pasión que lo acompañó toda su vida. “Tengo gracia para bailar”, decía sin modestia.

El itinerario de celebración cumpleañera comenzaba en la antevíspera, pero la víspera era el pico alto. Cada 3 de agosto, un día antes del cumpleaños, la cita era y todavía es, en *La Oficina*, célebre peña, en Barranco. Obligada jarana de cajón, donde esperábamos las 12 para continuar celebrando el día, luego vendrían la joroba, la corcova, el respinguete y el anda vete.

Su creciente interés por la cultura tradicional peruana lo acercó al Instituto Riva-Agüero, de la Pontificia Universidad Católica, donde conoció a la doctora Mildred Merino de Zela, destacada etnógrafa y folclorista peruana, quien dirigía el entonces Seminario de Folklore en el Instituto. La doctora Merino lo tomó como discípulo y él reconoció en ella a una maestra fundamental en su vida. Sin duda fue a su lado que nació su pasión por los museos. La primera tarea que recibió de la maestra fue fichar piezas de su colección personal de artesanía, que había llevado al instituto para ser clasificadas.

A Lucho el arte tradicional le era familiar, desde pequeño solía visitar las ferias artesanales de la avenida La Marina, muy cerca de la casa en Pueblo Libre donde vivió su infancia y juventud. Fue de esta manera, fichando piezas de cerámica, tejidos, máscaras, entre otros artefactos de la cultura popular, que nació la necesidad de crear un museo.

La controversia, surgida entonces, por la entrega del Premio Nacional de Cultura al destacado maestro retablista ayacuchano Joaquín López Antay en 1975, fue el marco propicio para el nacimiento del Museo de Artes y Tradiciones Populares. Esta circunstancia fortaleció la intención de contribuir a revalorar el arte tradicional peruano frente a posturas que lo consideraban un arte menor, las cuales hoy en día son insostenibles. Dentro de las múltiples tareas que asumió en vida como gestor cultural, esta fue indudablemente su mayor logro, al que literalmente le dedicó su vida. Actualmente el museo lleva su nombre.

Desde muy joven amaba de manera entrañable el centro histórico de Lima sin imaginar que muchos años después tendría un programa de televisión: *Por las calles de Lima*. Disfrutaba recorrer los Barrios Altos, las visitas guiadas que realizaba comenzaban en el cementerio Presbítero Maestro para luego seguir por Santo Cristo, la Calle Ancha, Cinco Esquinas, jirón Junín hasta llegar a la Plaza de Armas. Conocía detalles inimaginables de cada calle y de muchas casas en las que se detenía a contar la historia de quienes las habitaron. Paradas obligadas eran la Iglesia del Prado y la de la Virgen del Carmen, donde las monjas de clausura lo esperaban con deliciosos limones rellenos con manjar blanco. Así fue cultivando su paladar para reconocer la tradición de dulces limeños, de los que fue jurado en más de un concurso.

Lucho fue impulsor infatigable de iniciativas museográficas en muchas partes del Perú. Por donde andaba, inventaba museos y registraba los que encontraba en su célebre programa de *Museos puertas abierta*s de alcance nacional y único en su género en el mundo. Las autoridades locales de cultura siempre tenían una consulta que hacerle o un pedido de alguna gestión. Era experto haciendo conexiones interpares, vinculando proyectos culturales afines o complementarios.

Su partida ha sido quedarse de otra manera entre nosotros, para siempre. Con frecuencia me descubro conversando con él, Estoy seguro que me ha ido dando pautas para esta exposición, espero haber entendido bien lo que me ha dicho.

Miguel Rubio Zapata

Curador